

CUENTO N° 291

TÍTULO: SOCAVONES Y CISTERNAS

SEUDÓNIMO: ARENERO

AUTOR: PATRICIO EVARISTO GÓMEZ RETAMAL

DE SOCAVONES Y CISTERNAS.

Sueño 1: EL SOCAVÓN INICIAL.

Segundo Linares, de profesión arqueólogo, escritor por afición y curioso por elección, se aventuró ese año de 1903 por la inmensidad del Norte Grande de Chile. Sus conocimientos le permitían suponer características de los terrenos y las posibles relaciones e intervenciones humanas sobre aquellos. ¿Qué es lo que podría encontrar si es que buscaba algo? Un oscuro e inexplicable pálpito lo llevaba a presentir que bajo la tierra de ese inhóspito universo de arena y rocas encontraría quizás viejos canales subterráneos para almacenar la escasa agua del territorio. Indudablemente que su formación científica y profesional suponía como condición sine qua non lo que todo arqueólogo espera en su trabajo: encontrar o descubrir en los vestigios algo o mucho de la historia de los hombres que vivieron o se relacionaron con esos lugares que han pasado al olvido.

Recordó sus viajes de estudio por Pompeya, Atenas, Machu Picchu, Egipto, las pinturas rupestres de Altamira, los moais de Isla de Pascua. Pero, pensó: “Nunca está todo descubierto. De repente aparece algo impensado...”. Sabía que los socavones a nivel mundial y que los dolinas, ese otro nombre para los socavones se formaban a lo largo de cientos de miles de años y se encontraban prácticamente en todo el planeta. Esa noche, muy cansado, luego de haber recorrido un centenar de kilómetros en su recién heredado darracq, con un acoplado agregado para las provisiones e instrumentos y de haber levantado la carpa para su campamento, se quedó dormido profundamente.

Sueño 2: DE GRUTAS, NICHOS Y CISTERNAS.

De pie al borde del inmenso cenote, sintió como si su cuerpo quisiese lanzarse a esas lúgubres y misteriosas aguas. Ni las grutas que había recorrido con algunos amigos años atrás ni las cisternas de negras aguas de las profundidades le habían provocado este extraño temor que sentía ahora. Creía no sufrir de vértigo, pero cuando se dio cuenta de que su cuerpo caía inevitablemente a ese hoyo lleno de agua, el miedo y horror a morir ahogado, sin posibilidad de salir o aferrarse a los escarpados, resbaladizos y húmedos muros que rodeaban ese nicho natural, lo hicieron tratar de no desesperarse, de no manotear sin sentido, de tratar de flotar sin desesperación. La cámara y el trípode habían quedado a la orilla del cenote, junto a la cantimplora y la mochila con la libreta de campo, un pico pequeño, una pala, cuerdas, clavos, algunos chocolates y charqui que había comprado en el pueblo para servirse con un café cuando regresara, al atardecer. La situación era crítica. Ni los gritos más fuertes serían escuchados por alguien. En 10 cuadras a la redonda había un pequeño sendero que llevaba a un poblado casi deshabitado. La cabeza le zumbaba, empezó a dolerle, no de frío, sino, al parecer, de tensión.

Una pequeña mata de helecho le permitía sujetarse para no hundirse, pero observando a su alrededor, pudo darse cuenta que el cenote en una orilla presentaba características cavernosas, lo que le abría la posibilidad, desplazándose a nado unos 10 metros, de aferrarse a alguna saliente y así buscar alguna posible gruta que pudiese conectarlo con la superficie del exterior.

Siempre, desde niño, tuvo muy buen equilibrio y dominio corporal. En el colegio, el salto alto, el salto largo, los saltos de cajón y la rueda humana eran, sus preferidos. Cuando estudiaba en Europa, cursando sus estudios de futuro arqueólogo, siguió practicando deportes, pero tratando de relacionarlos con sus intereses profesionales. Así es como practicó andinismo y trekking. Algún día, a lo mejor tendría que usarlas. En esos pensamientos y recuerdos estaba, mientras nadaba hacia la orilla, cuando se dio cuenta o creyó cerciorarse de que alguien lo había empujado al cenote.

Sueño 3: EL INFRAMUNDO.

El inframundo, del que tanto había leído, le vino a la mente sin saber por qué. Imágenes de La Divina Comedia de Dante, de las cavernas de Isla de Pascua, del Viaje al Fondo de la Tierra de Verne, atravesaban por su cerebro como la sinopsis de muchas películas en cámara rápida. La arqueología del infierno y el Hades, parecían estar presentándose no ya en su mente, sino en la realidad. Hades, Perséfone, Hermes, Hécate, Caronte, Cerbero, y otros, mitos ancestrales y diabólicos, estaban a punto de hacer estallar su cabeza.

Escribió en su libreta de campo: “Yo me llamo Sedah, me dijo, al sacarme del agua. Le entendí Seda, y lo relacioné con la suavidad. Pero me dijo que su trabajo era el de impedir el regreso de los fallecidos a la luz y que era invisible. Entonces ¿Por qué yo podía verlo? ¿Acaso yo también me había vuelto invisible? Un frío antártico recorrió mi columna y mi espalda. A lo mejor ya estaba muerto.

Me había ahogado en el cenote y estaba pasando a esa otra dimensión en que los muertos conviven con los vivos en un espacio de mundos paralelos. ¿Tendría algo que ver con Plouton, con Polidegmon, el hospitalario o con Euboleus, el sabio consejero, una de las tres maneras de referirse romanos y griegos a la muerte para no nombrarla?”.

Sueño 4: DURO DE MATAR: EL TAXI SOBRE LA CALZADA.

Después de atropellarlo, el taxista, lloroso se acercó a Cirtapae, que todavía permanecía de espaldas en el suelo, rodeado de algunos vecinos de la villa que lo atendían mientras esperaban que llegara la ambulancia. Le pidió perdón por lo sucedido y Cirtapae, tranquilo, sin rencor y en forma pausada le dijo: “No se preocupe, a usted le tocó atropellarme nomás“. Y, acto seguido, ante los atónitos presentes, frente a tal respuesta, le preguntó ¿Cuál es su nombre? El taxista sorprendido todavía ante esa respuesta casi filosófica sobre el atropello, le respondió: “Me llamo Carlos Ontario Tejeda. Le prometo que cada vez que necesite un taxi, no le cobraré pasaje. Lo llevaré gratis donde quiera a usted y su familia“.

Cirtapae, le agradeció con una venia de su cabeza, pero en esas milésimas de segundos en que la intuición junto con la observación y la sensibilidad se vuelven una certera verdad, al mirar los ojos y la boca del hombre, que ya se alzaba para retirarse, vio en ellos los óbolos helenos que les ponían a los muertos los familiares cuando eran trasladados por el Río Aqueronte hacia el inframundo por Caronte en su barca.

Carlos Ontario Tejeda fue el nombre que le dijo ese taxista. Recordó que después del atropello, éste lo fue a visitar a la casa, cuando estaba todavía en cama. El salto que dio antes de la embestida, lo salvó de morir o quedar en silla de ruedas, pasando sobre el motor, y el techo del auto, quedando solamente con algunos moretones en la espalda y un tobillo hinchado. Los enfermeros de la Mutual de Seguridad que lo atendieron, no creían que ese hombre de pie junto a ellos hubiese sido atropellado. Para ellos, un atropello sólo tenía dos resultados: o resultaba quebrado o muerto. Pero cuando Cirtapae les contó que siempre había pensado que si un auto venía a atropellarlo él tenía planeado saltar y así lo hizo cuando el destino lo puso a prueba, los enfermeros, admirados, lo bautizaron “Duro de matar” como el personaje héroe de unas películas de acción que estaban de moda.

El taxista no volvió más. Ni siquiera a la audiencia en el juzgado a reconocer su error. Ahí fue cuando Cirtapae recordó el dicho “Uno ve caras, pero no corazones”. Ese hombre, que simuló pena y arrepentimiento para no ser demandado y asumir la responsabilidad de la casi muerte de una persona, era, simplemente una de las caras del mal. Al revisar el nombre que el tipo le dio luego del atropello, estaba todo claro Carlos Ontario Tejeda era CARONTE. Las monedas en los ojos y en la boca, el taxi que era su nave de trabajo y el ofrecimiento de traslado gratis tenían una escalofriante relación. ¿Un salto gimnástico le ganaba esta vez a la Parca?

Sueño 5: LAS VIRGENES VESTALES.

Extraviado, mareado, casi aturdido, Segundo se encontró caminando por los subterráneos laberintos de las grutas. Su salvador, Sedah, había desaparecido. O a lo mejor nunca estuvo. Ya no importaba. Había logrado salir del cenote. Pero su ropa estaba seca. Las estalactitas y las estalagmitas parecían estar labradas con formas arquitectónicas. Creía ver todos los órdenes de los templos griegos en ellas. Algunas eran con capiteles corintios, otras del tipo jónico. Siguió caminando por esos pasillos tenebrosos y oscuros, y parecía que mientras más avanzaba, más se le aclaraba la visión. De pronto, unas rocas con forma de cariátides comenzaron a moverse como si tuviesen vida. Asustado, se parapetó.

Las cariátides empezaron a adquirir la figura de vírgenes vestales. Sus cuerpos perfectos y armónicos, cubiertos con vestidos de sedas transparentes, le recordaron las esculturas representativas de las Nike griegas. Su memoria lo trasladó a Atenas, al Partenón, a Italia, a Roma, a Pompeya. Un caleidoscopio de imágenes paganas pobló su mente. Se multiplicaban hasta llegar a 65. Una blanca palidez iluminaba los cuerpos y rostros de aquellas vestales que cadenciosamente se acercaban a él. Un acorde musical pasó veloz por su mente ¿Procol Harum? Sofocado por el calor y la presión de no saber dónde estaba y si lo que estaba viviendo era real o una pesadilla, quiso gritarles a esas mujeres para que le dijese donde se encontraba y quienes eran. Recordó la evocación de los muertos del canto XI de la Odisea y de Circe: “Del Erebo entonces se reunieron. Surgieron las almas privadas de la vida, desposadas, mancebos, ancianos con mil pesadumbres, tiernas jóvenes idas allá con la pena primera....” Ya amanecía...